



ARTE

&



LITERATURA

Exégesis del bolero

ANIBAL NOGUERA MENDOZA*

La novela *Amar en Bahía* parece escrita sobre el cuero cálido de un bongó. Los vientos de barlovento pasan por sus páginas con la pasión del Caribe, formando en los lectores una alta temperatura. Fernando Ayala Poveda, para realizar el relato, convocó a los más representativos exponentes de un momento de la emoción antillana. Por ello, el personaje de la fábula es el bolero, que en el mar de Bahía se ancla y suelta su mensaje que oscila la confianza y la melancolía.

El Caribe carece de límites, y Fernando Ayala lo comprueba. El fenómeno resulta claro y vivo. No tiene secretos. El Mar de las Antillas, con su islario desperdigado, ha sido desde el 12 de octubre de 1492 la encrucijada del mundo, primordialmente de la América Latina. Primero como cita de desesperados y lunáticos, después sirve de escenario para los badulaques y pícaros de toda la tierra, más tarde se convierte en el fanal de la libertad, ahora en un campo abierto de lucha ideológica. Y, de manera permanente, el sitio donde se forma un hombre nuevo, sobre el cual no presentimos cómo habrá de salir del horno pero que permite intuir que cuando se cuagule nuestra historia dará un viraje.

Comencemos por relacionar al personaje de *Amar en Bahía* con su habitat. Es decir, al bolero y a la zona de su génesis. Tema que atrae porque se refiere a un aspecto del alma de una sociedad, que apenas rozará por las dimensiones de tan succulenta cuestión.

* Intelectual, político, columnista de diferentes diarios del país, autor del libro *"El Río Grande de la Magdalena"*.

Con un poco de ligereza, debido al desenfadado humano y a su vitalidad, al hombre del Caribe se le considera como el arquetipo de la alegría desmesurada. Falsa apreciación pues, aunque no es triste, en la vida suya predomina la capacidad de añoranza y de goce. Extraña mezcla en la que unen la nostalgia y los sentidos. *"Nosotros gentes del Caribe somos hijos de la verdad y de la luz, hijos del agua y del maíz, hijos de un viejo alisio que se llama bolero, merengue, calipso, biguina, conga, mahí, torbellino y el sol, nuestro padre, es un redondo remolino de luz"*, manifiesta un notable escritor para describir a este ser solar que desde hace cinco siglos se encuentra en vigilia.

La existencia ha corrido con tanta precipitud por ese mundo de tambores, caña de azúcar y huracanes que sus protagonistas no salen del asombro. Es su estado natural de ver al universo, que expresan en las más variadas manifestaciones musicales. Entre éstas, la que más identifica a la comunidad caribiana es el bolero, cuya aparición fue un anhelante proceso a partir de las habaneras hasta llevar a sus clásicos que son Agustín Lara, Rafael Hernández, Gonzalo Curiel y Pedro Flórez. Desde luego que con los boleros ocurre como con la lírica, que hay autores famosos por un sólo poema. Así tenemos a Gutty Cárdenas con *"Nunca"*, a Gonzalo Roy con *"Quiéreme mucho"*, a Alfredo Nuñez de Borbón con *"Consentida"* y a Boby Capó con *"La última noche que pasé contigo"*.

La presencia del bolero como máxima expresión del Caribe se halla latente. Su hechizo hace parte del repertorio de valores que lo conforman como una cultura. Tal fijación podría testimoniarse en su novelística. No sólo la producida en español sino en francés e inglés; como en *"Un abrir y cerrar de ojos"* de Jacques Stephen Alexis con las notas de *"Capullito de Alelí"* y *"Desesperación"*, al igual que las de *"Bésame mucho"* remontándose por el aire de una playa de Trinidad en *"Los simuladores"* de V.S. Naipul.

¿Cuáles son los atributos del bolero para que permanezca como una vivencia sin diferenciaciones de clase y edades?. La magia del bolero se detecta en la capacidad que tiene de resucitar los sentimientos agazapados en nuestras recamaras íntimas. Su tema esencial es el amor, pero en ningún caso el sexo como sí ocurre con la poesía de Guillen, Pales Matos o Ballagas y el permanente jugueteo de caderas, senos y torsos lujuriosos en sus versos. Sin embargo,

debe aceptarse en el bolero un intenso soplo de voluptuosidad, incluso en los descriptivos. Así lo advierte Carlos Monsivais en su ensayo de "Amor Perdido", con el ejemplo de la canción "Monterrey".

*"Es rumor de labios de carmín
confesión hecha ritmo de vals;
aroma de laurel y jazmín
Un amor recogido al pasar.
Monterrey flor del acero y cristal".*

Utilizando un concepto famoso, del bolero podría decirse que reconstruye acciones reales sin ser actuales e ideales sin ser abstractas. Feliz simbiosis que junta el pasado con el presente, como un afiebrado alcaloide que se mete en la sangre y la embriaga. Acción que no pertenece a lo voluntario de la conciencia. Ocurre y existe hasta colocar al ánimo en estado de ensoñación. Por ello, para el mecanismo de la memoria, las relaciones entre la minoría y la letra de los boleros son contingentes. Cada una por su lado cumple una misión. La sola tonada nos regresa o impulsa con ansiedad.

En su literatura descubrimos una singular dosis de poesía, que expresa lo que quisieramos manifestar. Además de los hallazgos metafóricos excepcionales, como aquel verso que no hubiera apenado a Rubén Darío:

"El hastío es pavo real que se aburre de luz en la tarde"

Tenemos en "Amar en Bahía" la novela del bolero, ahora necesitamos la teoría. Sería una aproximación apasionante y de actualidad, pues al bolero se le escuchará mientras Dios nos llame a juicio, según pronóstico de Pedro Vargas. Quienes lo amamos sabemos que nunca será reemplazado en los momentos en que deseamos estar con nosotros mismos, cuando nos reconcentramos y vemos desfilar lo que creíamos olvidado definitivamente, y que sigue regulando nuestros sueños. Esas imágenes desdibujadas no tienen nombre pero hacen parte de la desconocida máquina del corazón humano, tan lleno de fantasmas reales que, con los boleros, se despiertan y movilizan por la zona más alucinante de los recuerdos. Razón por la cual el bolero jamás pasará de moda, aunque algunos lo descalifiquen por empalagoso, ridículo y hasta cursi. No creo sinceros a estos detractores, sino una fauna de

esnobistas. ¿Por qué es cursi el bolero?. Tal cargo mereció una réplica insigne del maestro Agustín Lara: *"Son ridículamente cursi y me encanta hacerlo. Porque la mía es una sinceridad que otros rehuyen. . . ridículamente. Cualquiera que es romántico tiene un sentido de lo cursi y no desecharlo es una posición de inteligencia. A las mujeres les gusta que sea así y no por ellas voy a preferir a los hombres. Por ser así es, también, una parte de la personalidad artística y no voy a renunciar a ella para ser, como tantos, un hombre duro, un payaso de máscaras hechas de impasibilidades estudiadas. Vibro con lo que es tenso y si mi emoción no la puedo traducir más que en el barroco mensaje de lo cursi, de ello no me avergüenzo"*.

Agustín Lara enfatiza en un factor inalienable del bolero: Su autenticidad. Lo que ha implicado la adaptación de su ritmo a otros, como resultado del poder que contiene.

Así encontramos en forma de boleros a Montunos, paseos, mejoranas, sones, blues, vals, tangos, guarachas. En fin, una extensa familia melódica bien definida.

El proceso intelectual de Fernando Ayala Poveda para escribir *"Amar en Bahía"* parece un poco insólito. La creación se fundamenta en la experiencia o en la Institución, con base en el conocimiento, y encontrar a alguien que baje de la friolera Tunja a la tórrida costa Cartegenera y elabora una obra de ficción precisamente con el instrumento más refinado del pueblo Caribe, significa una hazaña de receptividad.

Afortunadamente para un novelista no existen barreras. Con una mirada más profunda que los demás, registra lo que se le escapa a los otros. Ese es un milagro. Por tal motivo, esta noche estamos presentando a *"Amar en Bahía"*. . . con Daniel Santos, con Toña la Negra, con Felipe Pirela, con María Grever y Olga Guillot, como cantantes de la orquesta que nunca se había visto ni oído y que sólo es posible encontrar en *"Amar en Bahía"*, cuyo texto mitifica al bolero.